

NOSOTROS RECORDAMOS: UNA REFLEXION SOBRE LA "SHOAH"

Documento de la Comisión vaticana para las Relaciones Religiosas con el Hebraísmo

16 de marzo de 1998

I. La tragedia de la "Shoah" y el deber de hacer memoria

Se está concluyendo rápidamente el siglo XX y amanece ya la aurora de un nuevo milenio cristiano. El aniversario bimilenario del nacimiento de Jesucristo insta a todos los cristianos, e invita en realidad a todo hombre y toda mujer, a tratar de descubrir en el devenir de la historia las señales de la divina Providencia en su obra, así como también los modos en los cuales la imagen del Creador presente en el hombre ha sido ofendida y desfigurada.

Esta reflexión afecta a uno de los temas principales mencionados por Juan Pablo II en su carta apostólica "Tertio millennio adveniente" que los católicos pueden seriamente tomar como propio: "Así es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo" (Juan Pablo II, Tertio millennio adveniente, 33, 10 de noviembre de 1994).

El siglo actual ha sido testigo de una tragedia indecible, que no puede ser jamás olvidada: el tentativo del régimen nazi de exterminar al pueblo hebreo, con la consecuente matanza de millones de hebreos. Hombres y mujeres, ancianos y

jóvenes, niños e infantes, sólo por ser de origen judío, fueron perseguidos y deportados. Algunos fueron matados inmediatamente, otros fueron humillados, maltratados, torturados y privados completamente de su dignidad humana, y al fin matados. Muy pocos de los que fueron internados en los campos de concentración sobrevivieron, y los sobrevivientes permanecieron aterrorizados durante toda la vida. Esto fue la "Shoah": uno de los principales dramas de la historia de este siglo, un hecho que nos atañe todavía hoy.

Ante este horrible genocidio, difícil de creer para los responsables de las naciones y las mismas comunidades hebreas en el momento que se llevaba a cabo sin misericordia, nadie puede quedarse indiferente, y menos todavía la Iglesia, a causa de su estrecha relación de parentesco espiritual con el pueblo hebreo y del recuerdo que alimenta por las injusticias del pasado. La relación de la Iglesia con el pueblo hebreo es diferente a la que comparte con el resto de las religiones. No es sólo cuestión de regresar al pasado. El futuro común de los hebreos y de los cristianos exige que recordemos, pues "no puede haber futuro sin memoria del pasado". La historia misma es "memoria futuri".

Al dirigir esta reflexión a nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia católica esparcidos por el mundo, pedimos a todos los cristianos que se unan a nosotros en la reflexión sobre la catástrofe que golpeó al pueblo hebreo, y sobre el imperativo moral para hacer todo lo posible para que el egoísmo y el odio nunca más puedan crecer hasta el punto de diseminar sufrimientos y muerte. De modo particular, pedimos a nuestros amigos hebreos, "cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de la aberración a la que puede llegar el hombre, cuando se revela contra Dios" que predispongan su corazón para escucharnos.

II. Qué es lo que tenemos que recordar

Al ofrecer su singular testimonio al Santo de Israel y a la "Torah", el pueblo hebreo ha sufrido enormemente en diferentes tiempos y en muchos lugares. Pero la "Shoah" ha sido ciertamente el peor sufrimiento de todos. La inhumanidad con que

fueron perseguidos y masacrados los hebreos en este siglo va más allá de la capacidad de expresión de las palabras. Y todo esto se cometió contra ellos por la sola razón de que eran hebreos.

La misma enormidad del crimen suscita muchas preguntas. Históricos, sociólogos, filósofos, políticos, psicólogos y teólogos tratan de conocer mejor la realidad y las causas de la "Shoah". Muchos estudios especializados tienen que realizarse. Pero un evento así no puede ser medido plenamente con los criterios ordinarios de la investigación histórica. Afecta a una "memoria moral y religiosa" y, particularmente entre los cristianos, a una reflexión muy seria sobre las causas que lo provocaron. El hecho de que la "Shoah" haya tenido lugar en Europa, es decir, en países de larga civilización cristiana, plantea la cuestión de la relación entre la persecución nazi y las actitudes de los cristianos, a través de los siglos, con respecto a los hebreos.

III. Las relaciones entre hebreos y cristianos

La historia de las relaciones entre hebreos y cristianos es una historia atormentada. Lo reconoció el Santo Padre Juan Pablo II en sus repetidos llamamientos a los católicos a considerar nuestra actitud de cara a las relaciones con el pueblo hebreo. De hecho, el balance de estas relaciones durante los dos milenios ha sido más bien negativo. En los albores del cristianismo, después de la crucifixión de Jesús, surgieron contrastes entre la Iglesia primitiva y los jefes de los judíos y el pueblo hebreo quienes, por apego a la Ley, a veces se opusieron violentamente a los predicadores del Evangelio y a los primeros cristianos. En el imperio romano, que era pagano, los hebreos eran legalmente protegidos por los privilegios que les garantizó el emperador y las autoridades en un primer momento no distinguieron entre las comunidades judías y las cristianas. Muy pronto, sin embargo, los cristianos fueron perseguidos por el Estado. Cuando, a continuación, los emperadores mismos se convirtieron al cristianismo, en un primer momento continuaron garantizando los privilegios a los hebreos. Pero grupos exaltados de cristianos que asaltaban los templos paganos, hicieron en algunos casos lo mismo

en relación con las sinagogas, sufriendo el influjo de ciertas interpretaciones erróneas del Nuevo Testamento sobre el pueblo hebreo en su conjunto. "En el mundo cristiano --no digo por parte de la Iglesia en cuanto tal-- interpretaciones erróneas e injustas del Nuevo Testamento que afectan al pueblo hebreo y a su presunta culpabilidad circularon durante demasiado tiempo, generando sentimientos de hostilidad en relación con este pueblo". Estas interpretaciones del Nuevo Testamento han sido definitivamente rechazadas por el Concilio Vaticano II (Cf. "Nostra Aetate", 4).

A pesar de la predicación cristiana del amor hacia todos, incluidos los mismos enemigos, la mentalidad que ha prevalecido a través de los siglos ha penalizado a las minorías y a cuantos eran, en cierto sentido, "diferentes". Sentimientos de antijudaísmo en algunos ambientes cristianos y la divergencia que existía entre la Iglesia y el pueblo hebreo, llevaron a una discriminación generalizada, que desembocaba en ocasiones en expulsiones o intentos de conversión forzada. En buena parte del mundo "cristiano", hasta finales del siglo XVIII, quienes no eran cristianos no siempre gozaron de un "status" jurídico plenamente garantizado. A pesar de ello, los hebreos difundidos en todo el mundo cristiano permanecieron fieles a sus tradiciones religiosas y a sus costumbres propias. Fueron, por ello, considerados con cierta sospecha y desconfianza. En tiempos de crisis como carestías, guerras y pestes o tensiones sociales, la minoría hebrea fue tomada en varias ocasiones como chivo expiatorio, convirtiéndose así en víctima de violencias, saqueos e incluso de masacres.

Entre finales del siglo XVIII e inicios del siglo XX, los hebreos habían alcanzado generalmente una posición de igualdad en relación a los demás ciudadanos de la mayoría de los Estados y un cierto número de ellos llegó a desempeñar papeles influyentes dentro de la sociedad. Pero en este mismo contexto histórico, en particular en el siglo XIX, tomó pie un nacionalismo exasperado y falso. En un clima de rápido cambio social, los hebreos fueron acusados con frecuencia de ejercer una influencia desproporcionada con respecto a su número. Entonces

comenzó a difundirse de diferentes maneras, a través de la mayor parte de Europa, un antijudaísmo que era esencialmente más sociopolítico que religioso. En el mismo período, comenzaron a aparecer teorías que negaban la unidad de la raza humana, afirmando una diferencia originaria de las razas. En el siglo XX, el nacionalsocialismo en Alemania utilizó estas ideas como base pseudo-científica para hacer una distinción entre las así llamadas razas nórdico-arianas y la presuntas razas inferiores. Además, una forma extremista de nacionalismo fue alentada en Alemania por la derrota de 1918 y por las condiciones humillantes impuestas por los vencedores, con la consecuencia de que muchos vieron en el nacionalsocialismo una solución a los problemas del país y, por ello, cooperaron políticamente con este movimiento.

La Iglesia en Alemania respondió condenando el racismo. Esta condena apareció por primera vez en la predicación de algunos miembros del clero, en la enseñanza pública de los obispos católicos y en los escritos de periodistas católicos. Ya en febrero y marzo de 1931, el cardenal Bertram de Breslavia, el cardenal Faulhaber y los obispos de Baviera, los obispos de la provincia de Colonia y los de la provincia de Friburgo publicaron cartas pastorales en las que condenaban el nacionalsocialismo, con su idolatría de la raza y del Estado. El año mismo en el que el nacionalsocialismo llegó al poder, en 1933, los famosos sermones de Adviento del cardenal Faulhaber, a los que no sólo asistieron católicos, sino también protestantes y hebreos, utilizaban expresiones de claro repudio de la propaganda nazi antisemita. Tras la "Kristallnacht", Bernard Lichtenberg, preboste de la catedral de Berlín elevó oraciones públicas por los hebreos. Murió después en Dachau y ha sido declarado beato.

El Papa Pío XI también condenó el racismo nazi de manera solemne en la encíclica "Mit brennender Sorge" (4 de marzo de 1937), que fue leída en las iglesias de Alemania en el Domingo de Pasión de 1937, iniciativa que provocó ataques y sanciones contra miembros del clero. El 6 de septiembre de 1938, al dirigirse a un grupo de peregrinos belgas, Pío XII aseguró: "El antisemitismo es

inaceptable. Espiritualmente todos somos semitas". Pío XII, desde su primera encíclica, "Summi Pontificatus", del 20 de octubre de 1939, puso en guardia contra las teorías que negaban la unidad de la raza humana y contra la divinización del Estado, lo cuál, según él preveía, conduciría a una auténtica "hora de las tinieblas".

IV. Antisemitismo nazi y la "Shoah"

No se puede ignorar la diferencia que existe entre el "antisemitismo", basado en teorías contrarias la enseñanza constante de la Iglesia sobre la unidad del género humano y sobre la igual dignidad de todas las razas y de todos los pueblos, y los sentimientos de sospecha y de hostilidad que han perdurado desde hace siglos que llamamos "antijudaísmo", de los cuales, por desgracia, también los cristianos han sido culpables.

La ideología nacionalsocialista fue incluso más allá, en el sentido de que rechazó reconocer cualquier realidad trascendente como fuente de la vida y criterio del bien moral. Por consiguiente, un grupo humano, y el Estado con el que se identificaba, se atribuyó un valor absoluto y decidió cancelar la existencia misma del pueblo hebreo, pueblo llamado a dar testimonio del único Dios y de la Ley de la Alianza. A nivel teológico no podemos ignorar el hecho de que no pocos adherentes al partido nazi no sólo mostraron animadversión ante la idea de una divina Providencia que opera en las vicisitudes humanas, sino que dieron también prueba de un odio preciso en relación con el mismo Dios. Lógicamente, una actitud así llevó también al rechazo del cristianismo, y al deseo de ver destruida la Iglesia o, por los menos, sometida a los intereses del Estado nazi.

Esta ideología extremista se convirtió en la base de las medidas emprendidas, primero para desarraigar a los hebreos de sus casas y después para

exterminarles. La "Shoah" fue la obra de un típico régimen moderno neopagano. Su antisemitismo echaba sus raíces fuera del cristianismo y, al perseguir sus propios objetivos, no dudó en enfrentarse a la Iglesia, persiguiendo incluso a sus miembros.

Pero hay que preguntarse si la persecución del nazismo contra los hebreos no fue facilitada por los prejuicios antijudíos presentes en las mentes y en los corazones de algunos cristianos. ¿Provocó el sentimiento antijudío una menor sensibilidad en los cristianos, o incluso una indiferencia, ante las persecuciones realizadas contra los hebreos por el nacionalsocialismo cuando alcanzó el poder?

Cada respuesta a esta pregunta tiene que tener en cuenta el hecho de que estamos hablando de la historia de posturas y de maneras de pensar de gente sometida a múltiples influencias. Es más, muchos desconocieron totalmente la "solución final" que estaba a punto de ser adoptada contra un pueblo entero; otros tuvieron miedo por sí mismos y por sus seres queridos; algunos se aprovecharon de la situación; otros, por último, se dejaron mover por la envidia. Hay que responder caso por caso y, para hacerlo, es necesario conocer los motivos que movieron a las personas en una situación determinada.

Al inicio, los jefes del Tercer Reich trataron de expulsar a los hebreos. Desafortunadamente, los gobiernos de algunos países occidentales de tradición cristiana, incluidos algunos del Norte y del Sur de América, se mostraron más que titubeantes a la hora de abrir sus fronteras a los hebreos perseguidos. Aunque no podían prever hasta donde podían recibir al doctor A. Leo Kubowitzki, secretario general del World Jewish Congress, quien pidió una audiencia para presentar "al Santo Padre, en nombre de la Unión de las Comunidades Israelitas, su más profundo agradecimiento por la obra realizada por la Iglesia católica a favor de la población hebrea en toda Europa durante la guerra" (L'Osservatore Romano, 23 de septiembre de 1945, p. 1). El jueves 29 de noviembre de 1945 el Papa recibió a unos 80 delegados de prófugos hebreos, provenientes de los campos de concentración de Alemania, llegados a manifestarle "el honor de poder agradecer

personalmente al Santo Padre la generosidad que demostró hacia los perseguidos durante el terrible período del nazifascismo" (L'Osservatore Romano, 23 de septiembre de 1945, p. 1). En 1958, a la muerte del Papa Pío XII, Golda Meir envió un elocuente mensaje: "Compartimos el dolor de la humanidad. Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del Papa se elevó por sus víctimas. La vida de nuestro tiempo se enriqueció por una voz que habló claramente sobre las grandes verdades morales por encima del tumulto del conflicto cotidiano. Lloramos a un gran servidor de la paz").

Muchos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, han sido honrados por este motivo por el Estado de Israel.

A pesar de ello, como el Papa Juan Pablo II ha reconocido, junto a estos hombres y mujeres valerosos, la resistencia y la acción concreta de otros cristianos no estuvo al nivel que hubiera podido esperarse de los discípulos de Cristo. No podemos conocer cuántos cristianos en los países ocupados o gobernados por las políticas nazis o por sus aliados, constataron con horror la desaparición de sus vecinos hebreos, pero no tuvieron la fuerza suficiente para alzar su voz de protesta. Para los cristianos, esta grave carga de conciencia de sus hermanos y hermanas durante la última guerra mundial deber ser un llamamiento al arrepentimiento (Cf. Juan Pablo II, Discurso al nuevo embajador de la República Federal de Alemania, 8 de noviembre de 1990).

Deploramos profundamente los errores y las culpas de estos hijos e hijas de la Iglesia. Asumimos lo que dijo el Concilio Vaticano II en la declaración "Nostra Aetate" al afirmar de manera inequívoca: "La Iglesia? al hacer memoria del patrimonio que tiene en común con los hebreos, y animada por motivos que no son políticos, sino de religiosa caridad evangélica, deplora los odios, las persecuciones y todas las manifestaciones de antisemitismo dirigidas contra los hebreos en todo tiempo y por quien quiera que sea" (Número 4).

Recordamos y asumimos lo que afirmó el Papa Juan Pablo II al dirigirse a los jefes de la comunidad hebrea de Estrasburgo: "Confirmo nuevamente junto a vosotros la firme condena de todo antisemitismo y de todo racismo, pues se oponen a los principios del cristianismo". La Iglesia católica, por tanto, repudia toda persecución, en cualquier lugar y tiempo, perpetrada contra un pueblo o grupo humano. Ésta condena de la manera más firme todas las formas de genocidio, así como las ideologías racistas que lo han hecho posible. Al dirigir la mirada a este siglo, estamos profundamente dolidos por la violencia que ha afectado a grupos enteros de pueblos y de naciones. Recordamos de modo particular la masacre de los armenios, las innumerables víctimas en la Ucrania de los años treinta, el genocidio de los gitanos, fruto también de ideas racistas, y tragedias semejantes acaecidas en América, en África y en los Balcanes. Tampoco queremos olvidar los millones de víctimas de la ideología totalitaria en la Unión Soviética, en China, en Camboya, y en otros lugares. Tampoco podemos olvidar el drama de Oriente Medio, cuyas características son bien conocidas. En el momento en el que hacemos esta reflexión, "demasiados hombres continúan siendo víctimas de sus propios hermanos".

V. Mirando juntos hacia un futuro común

Al mirar al futuro de las relaciones entre los hebreos y los cristianos, pedimos en primer lugar a nuestros hermanos y hermanas católicos que renueven la conciencia de las raíces hebreas de su fe. Les pedimos que recuerden que Jesús era un descendiente de David; que del pueblo hebreo nacieron la Virgen María y los apóstoles; que la Iglesia se sustenta de las raíces de ese buen olivo al que están injertadas las ramas del olivo salvaje de los gentiles (Cf. Romanos, 11, 17-24); que los hebreos son nuestros queridos y amados hermanos, y que, en cierto sentido, son auténticamente "nuestros hermanos mayores".

Al final de este milenio, la Iglesia católica desea expresar su profundo pesar por las faltas de sus hijos y de sus hijas en todas las épocas. Se trata de un acto de arrepentimiento ("teshuva"): como miembros de la Iglesia, compartimos, de hecho, tanto los pecados como los méritos de todos sus hijos. La Iglesia se acerca con profundo respeto y gran compasión a la experiencia del exterminio, la "Shoah", padecida por el pueblo hebreo durante la segunda Guerra Mundial. No se trata de simples palabras, sino de un compromiso que vincula. "Correremos el riesgo de hacer morir de nuevo a las víctimas de las muertes más atroces, si no tenemos la pasión de la justicia y si no nos comprometemos, cada uno según sus propias capacidades, en hacer que el mal no prevalezca sobre el bien, como sucedió en relación con millones de hijos del pueblo hebreo? La humanidad no puede permitir que esto vuelva a suceder de nuevo".

Pidamos para que nuestro dolor por las tragedias que ha sufrido el pueblo hebreo en nuestro siglo nos lleve a tener nuevas relaciones con el pueblo hebreo.

Deseamos transformar la consciencia de los pecados del pasado en un firme compromiso por un nuevo futuro en el cual deje de existir un sentimiento antijudío entre los cristianos y un sentimiento anticristiano entre los hebreos, sino más bien, un respeto recíproco compartido, como es propio de quienes adoran al único Creador y Señor y tienen un padre común en la fe, Abraham.

Por último, invitamos a los hombres y mujeres de buena voluntad a reflexionar profundamente sobre el significado de la "Shoah". Las víctimas de sus tumbas y los supervivientes se han convertido en un fuerte grito que llama la atención de toda la humanidad a través de lo que han sufrido. Recordar este terrible drama significa tomar plena conciencia del provechoso aviso que comporta: no se puede permitir que las semillas infectadas del antijudaísmo y del anticristianismo echen raíces en el corazón del hombre.

Cardenal Edward Idris Cassidy
Presidente

Pierre Duprey
Obispo titular de Thibar
Vicepresidente

Remi Hoekman o.p.